

EDITORIAL

1995 pasará a la historia no sólo como el año en que Isaac Rabin fue asesinado en su lucha por la paz en Israel o como el año de los acuerdos de paz en la región de los balcanes, sino también por otras luchas no menos gloriosas, como la defensa de la vida humana y la promoción de la mujer.

En efecto, ante una historiografía ordinariamente crítica y quisquillosa ante la actitud de la Iglesia Católica —si interviene en las grandes cuestiones humanas, por ingerencias indebidas; si no actúa, por su silencio cómplice—, la Iglesia Católica puede ofrecer una documentación abundante y diversificada de su actuación decidida en defensa de la vida humana y por la promoción integral de la mujer. Ante la vergüenza del holocausto postmoderno de inocentes —como es todo ser humano concebido y aún no nacido o en su etapa terminal— Juan Pablo II levanta su voz profética para proclamar el «Evangolio de la vida».

Ramón Lucas nos ofrece una introducción al objeto y estructura lógico-argumentativa de la nueva encíclica *Evangelium Vitae*, a la vez que una utilísima sinopsis de la misma. Gonzalo Miranda reflexiona sobre cuanto dice la misma encíclica acerca de la no licitud moral de la eutanasia, puesto que la vida humana, como don de Dios, es sagrada e intangible; el hombre no puede disponer de ella, porque sólo Dios es su Autor y su Fin.

La vida humana, por otro lado, para nacer y desarrollarse en plenitud, requiere el nido natural y el marco de la familia. Mons. Robert Sarah, arzobispo de Guinea Conakry, elabora un interesante estudio

sobre la familia africana en la que la monogamia, y no la poligamia como a veces se afirma, representa la expresión cultural primigenia de los pueblos africanos.

Junto a las fuentes de la vida humana, más aún, como manantial mismo de la vida, alumbrado por Dios Creador, está la mujer. Primer defensor y gran campeón de la promoción de la mujer es Juan Pablo II, con múltiples iniciativas al respecto, con motivo de la III Conferencia Internacional de El Cairo sobre población y desarrollo (1994), y de la IV Conferencia Internacional de Pekín sobre la Mujer (1995). Muy ardua es la batalla que viene manteniendo la Iglesia Católica por defender la auténtica dignidad de la mujer, pero si se quiere hacer algo serio en su favor, nos viene a decir, hemos de partir tanto de una sólida antropología filosófica de la mujer, cuanto del designio de Dios sobre la mujer en la historia de la salvación: designio que alcanza su punto más alto en María de Nazaret, que engendra y da a luz al Hijo de Dios, encarnado en sus entrañas de mujer.

Juan Pablo II, en éste, como en otro campos, abre horizontes insospechados, invitando incluso a reescribir la historia teniendo en cuenta el influjo decisivo de la mujer: Pablo Pérez y Emilio Martínez nos presentan un panorama al respecto.

ECCLESIA quiere sumarse a este esfuerzo por proclamar el «Evangelio de la vida» y por contribuir a la auténtica promoción integral de la mujer.